

EL SENTIDO PROFUNDO DEL JUEGO Y LA FIESTA II

EL JUEGO, FUENTE DE LUZ Y DE FIESTA

El juego, visto en sus formas más altas y depuradas, desempeña un papel relevante en la existencia humana porque implica un poder configurador de acciones llenas de sentido. Nunca el hombre, en su vida cotidiana, halla tantos y tan bien estructurados modos de afirmar y desplegar su personalidad, dando cauce a su impulso creador, como en el ámbito del juego.

Cometidos del juego

Todo juego tiene dos grandes cometidos o funciones: *crear ámbitos dinámicos* que permitan lograr un fin específico, interno al juego -adueñarse del campo de acción de un adversario, crear una trama bien estructurada de formas bellas...-, y *representar una actividad humana cargada de sentido*: una lucha incruenta (como en el ajedrez), una conquista (mediante la invasión del campo contrario, como en el fútbol y el baloncesto), una acción sacrificial amorosa, creadora de paz, concordia y elevación espiritual (como acontece en la celebración eucarística)...

La creación de tales ámbitos dinámicos moviliza y lleva a plena forma virtualidades insospechadas del hombre. Piénsese en la destreza que exige, por ejemplo, en el fútbol la imposición de un determinado ritmo de juego, abrir huecos hacia la puerta contraria, privar a los adversarios de tales espacios vacíos al romperles su ritmo propio...

La *representación* implica asumir espiritualmente una personalidad singular -con su mundo propio de sentimientos, relaciones y actitudes-, y plasmarla en un contexto coherente y significativo a través de medios expresivos que uno debe en parte crear.

Si toda representación es un *juego* -actividad creadora de ámbitos expresivos-, todo juego adopta, en lógica recíproca, cierto aire de *representación*. En ésta resaltan las características del juego: aire festivo, reglamento bien perfilado, autonomía respecto al curso de la vida ordinaria. La condición que tiene todo juego de insertarse como algo aparte y específicamente cualificado en la vida del hombre se manifiesta en la tendencia de ciertos clubs al esoterismo, en virtud de una "mística de grupo". Esta tendencia a la delimitación se observa ya en el aura de «secreto» con que rodean, a veces, los niños sus juegos.

En la liturgia, vista como una forma de «juego sacro» -es decir, como una acción que carece de toda finalidad utilitarista e interesada y alberga en sí su propio fin de carácter trascendente-, se advierte con claridad la tendencia a dirigirse a los «iniciados» y la voluntad de resaltar su campo de acción mediante la extrañeza de los vestidos, la solemnidad del lenguaje y los gestos, la rigurosa ordenación de los ritos. En un ámbito tan alejado del mundo cultural sacro como son los juegos carnavalescos cabe descubrir un rasgo parecido -el ocultamiento de la personalidad cotidiana y la adopción, a efectos lúdicos, de una figura provisional distinta-, pero el espíritu que impulsa esta especie de transfiguración pasajera es muy distinto del llevado a cabo en la acción litúrgica.

Tal vez en ningún momento de la cultura actual se muestra tan claramente la vecindad entre el juego y las regiones más hondas del espíritu como en las formas solemnes de la liturgia. No procede calificarlas de *teatrales* -en sentido de inauténticas y artificiosas-, pues su solemnidad y alto porte responden a la profunda significación que late en el juego litúrgico, visto como una *actividad llena de sentido religioso*. Cuando se vive creativamente la acción litúrgica, más allá de la mera repetición de ceremonias esclerosadas, la comunidad religiosa

-aunada en el campo expresivo de la palabra y el gesto, el canto y los ámbitos arquitectónicos, las flores y los metales...- se convierte en lugar de encuentro y portavoz de todos los seres del universo, y, en la misma medida, se carga de un profundo *simbolismo*.

El simbolismo no es una cualidad *estática*, sino *relacional*; brota, como una llamarada, cuando dos o más realidades dotadas de iniciativa se entrecruzan y fundan un ámbito de mayor envergadura. En el campo de iluminación y de presencia que instaura esta relación de encuentro, cada realidad remite a las otras. Esta *remisión luminosa* es la esencia del *simbolismo*. En su célebre grabado “Las manos orantes”, el gran Alberto Dürero no quiso tanto ofrecernos la figura de unas manos sarmentosas, plegadas una sobre otra, cuanto plasmar un “ámbito de súplica”. La figura de las manos está muy lograda, pero lo que realmente vemos en ellas es un alma que se dirige ardorosamente a otra. Al remitir a algo oculto y valioso, la *figura* gana poder simbólico y se convierte en *imagen*. Por eso, la visión de las imágenes ha de ser *contemplativa*, es decir, sosegada, atenta y penetrante. Si se nos transmiten las imágenes de forma precipitada, se las reduce a meras figuras y se las priva de relieve; se las achica y banaliza. De ahí el efecto deprimente de ciertas proyecciones televisivas y cinematográficas.

Carácter serio y festivo del juego

El hombre, ser nostálgico de experiencias elevadas, siente a menudo la tentación de superar -siquiera por breves instantes- la monotonía banal de su existencia diaria. Tal evasión la hace posible el juego en sus múltiples formas. Hay formas de juego intrascendentes y las hay imponentemente valiosas. Pero todas coinciden en que transportan al que juega a un mundo diverso, con sus propias leyes, su clima específico y sus múltiples posibilidades abiertas al perfeccionamiento de la personalidad humana. Por eso, al considerar la liturgia como «juego», no rebajamos su condición; mostramos que en ella los creyentes se unen para asumir activamente las posibilidades redentoras que les otorgan la palabra de Dios, el sacrificio de Jesús, la promesa de que al morir al hombre viejo resucitamos a una vida nueva, caracterizada por el amor mutuo, la unidad, la paz, el fervor apostólico.

La conciencia, expresa o tácita, de la condición *creadora* del juego es, sin duda, la que inspira la *seriedad* con que realizan sus juegos respectivos el niño, el deportista, el actor, el instrumentista y -en el sentido de excepción indicado- el sacerdote que oficia los actos litúrgicos. Suele decirse que todo jugador, aunque tome muy en serio su acción, sabe que se trata en el fondo de un *mero* juego. Lo cierto es, sin embargo, que, conforme una actividad lúdica adquiere valores de alta significación humana, quien la realiza descubre que ciertos modos de juego desbordan la vida cotidiana -la llamada vida «seria», en contraposición al «mero juego»- precisamente porque expresan las tramas de relaciones que dan sentido a la existencia del hombre. Vistos desde esta perspectiva radical, el juego litúrgico, el artístico, el dramático, el deportivo y el lingüístico distan mucho de ser meros juegos, en el sentido superficial de ficciones imaginativas de tipo evasivo.

A medida que el hombre se identifica espiritualmente con el juego, en todo su dinamismo creador, y se compromete con él, brota en su interior el sentimiento específico de *alegría* que acompaña a todo acontecimiento de encuentro, lugar por excelencia de plenificación humana. La alegría es el reflejo -en el plano del sentimiento- de la plenitud que experimenta toda nuestra persona. La medida colmada del sentimiento gozoso que suscita el encuentro viene dada por el *entusiasmo*, inigualable término con que los inspirados helenos designaban la inmersión del hombre en una realidad *divina*. Lo “divino” era para ellos lo “perfecto”, perfecto en bondad, justicia, belleza... Esta realidad sobresaliente ofrecía al ser humano un campo extraordinario de despliegue.

El gozo entusiasta del *encuentro lúdico* da lugar al *acontecimiento festivo*. Cuando el hombre y las realidades hacen juego y se encuentran y enriquecen mutuamente, surge la *fiesta*. Toda fiesta -familiar, social, religiosa- se basa en la transfiguración que produce el encuentro.

El encuentro transfigura el *espacio físico* y lo convierte en *espacio lúdico*. Transfigura el tiempo que es *mera sucesión de instantes monótonos* y lo trueca en *ámbito de creatividad*. Cuando oímos una obra musical, lo hacemos a lo largo del tiempo del reloj que fluye con su paso habitual. Pero no le prestamos atención; lo que nos interesa en ese momento es el *tempo* de la obra, es decir, el ritmo interior que enhebra las notas, los acordes, los temas, y los ensambla en una red de formas expresivas. Esta red constituye un *ámbito de encuentro*, un *campo de juego*. Vivir ese juego es participar de una fuente de gozo.

Ahora comprendemos por dentro que la fiesta, al igual que el juego, es un evento que se despega de la vida cotidiana y ostenta una forma de espaciotemporalidad singular, lo que da lugar a una atmósfera exultante. Por su poder creador de juego, la fiesta va unida desde antiguo con la danza y el rito, el sacrificio ritual y la música. Estas realizaciones culturales presentan elementos comunes: carácter extraordinario, tonalidad gozosa -dentro del espíritu de seriedad y severidad que inspiran ciertas celebraciones culturales-, normas fijas y libertad de iniciativa, delimitación espaciotemporal y amplitud de horizontes, y, bañándolo todo, una gozosa *luminosidad*. Debido a su carácter lúdico, a su condición de encuentro -o entreveramiento de ámbitos de realidad-, todo acontecimiento festivo se constituye en fuente de luz. En él se encienden luces como símbolo de la luminosidad que irradia desde dentro. No hay luminosidad en la fiesta porque se enciendan luces. Sería ésta una interpretación pobre -a ras de meros objetos- de un acontecimiento humano sólo comprensible a la luz de una lúcida teoría del juego. Se encienden luces y se usan vestidos luminosos porque la fiesta, al ser una forma de encuentro, irradia luz.

Por esa luz y ese gozo que irradian y el sentimiento de plenitud que suscitan, las fiestas se hallan vinculadas estrechamente con los orígenes de los pueblos y las culturas.

Alfonso López Quintás